

Homenaje del Sindicato Médico del Uruguay al Profesor Emérito Dr. Carlos Mendilaharsu

El pasado 15 de agosto se realizó en el Salón de Actos del SMU un homenaje al desaparecido Prof. Dr. Carlos Mendilaharsu. En el mismo hicieron uso de la palabra los doctores Juan Carlos Rey (Sociedad de Psiquiatría del Uruguay), Jorge Lorenzo Otero (Departamento de Neuropsicología de la Facultad de Medicina), Ricardo Bernardi (profesor de Psicología Médica de la Facultad de Medicina), y Pablo V. Carlevaro, ex decano de esa Facultad. Las palabras de apertura del acto estuvieron a cargo del presidente del SMU, Dr. Barrett Díaz. En la Mesa se encontraba también la decana Prof. Dra. Ana María Ferrari. En estas páginas ofrecemos los textos íntegros de las intervenciones en esa ocasión.

Prof. Dr. Juan Carlos Rey Tosar

El Sindicato Médico del Uruguay ha resuelto, al cumplirse un año del fallecimiento del Profesor Emérito Dr. Carlos Mendilaharsu, hacer este homenaje en reconocimiento de su figura. Figura que pretendemos examinar para comprender su identidad, naturaleza y circunstancias, sin olvidar la obligación de agradecimiento y gratitud por todos los beneficios recibidos de él en su paso por la vida.

La Sociedad de Psiquiatría me ha honrado en representarla para este acto, y lo hago gustosamente, pues con Carlos me une un gran cariño y grandes recuerdos. Lo conocí hace más de 50 años, en las salas de disección de la Facultad, y mantuve desde entonces un largo vínculo en razón de tener los mismos intereses científicos.

Carlos nació en la Ciudad Vieja, en la calle Washington, en una casona que todavía existe, a media cuadra de la plaza Zabala. Entonces la rodeaban construcciones bajas y suntuosas residencias, como el Palacio Taranco y la mansión de Shaw-Zumarán, donde viviera el presidente Amézaga hasta su muerte (actual Discount Bank). Allí retozó con sus amigos vecinos, como aquellos dos de origen judío, “de quienes sigo siendo amigo hasta hoy”, según manifestara en el libro de Silvia Scarlato y cuyo título es “Fuera de Consulta”. Este es un libro de reportajes a médicos ilustres –publicado por el Sindicato



El Prof. Dr. Rey durante el homenaje

Médico del Uruguay y Banda Oriental– como los doctores Jorge Bouton, Caldeyro-Barcia, José Pedro Cardoso, Héctor Garbarino, Carlos Mendilaharsu, entre otros.

Pero veamos los orígenes de Mendilaharsu: vasco-francés por lado paterno. El general Antonio de Souza Netto (bisabuelo de Carlos),

casado con María Escayola, tuvo una hija: María Antonia (abuela de Carlos) que se casó con Domingo Mendilaharsu (abogado). De esta unión nació Julio Raúl, quien se casó con María Blanco Acevedo. El único hijo de este matrimonio fue nuestro homenajeado.

Del lado materno, María Blanco Acevedo era hija del Dr. Juan Carlos Blanco y de Luisa Acevedo, hermana de Eduardo, el ilustre historiador.

La madre de nuestro amigo era estudiante de Magisterio; el padre era poeta y se recuerda hoy a través de su obra publicada. La muerte temprana de este padre, a los tres años de nacido Carlos, le impidió desarrollar un adecuado vínculo padre-hijo, trastocando en parte su vida familiar, pues la madre, María Blanco Acevedo, hizo un duelo muy prolongado en el tiempo.

Su familia, poco numerosa, estaba sin embargo vinculada a distintos personajes de la vida nacional, como José Pedro Varela, el Dr. Francisco Soca (tío político) y hasta con el propio Carlos Gardel, a través de su abuela Netto Escayola de Mendilaharsu. Cabe señalar como acotación de esto último que Carlos era un gran admirador de Gardel y que era un verdadero placer verlo bailar tango con su esposa Sélíka.

Pero volvamos a su infancia. Su época escolar la pasó en una escuela de la calle Buenos Aires, para luego ir al Liceo N° 3. Desde allí presenció, al igual que yo, a Baltasar Brum en la puerta de su casa con un revólver en la mano,

INSTITUCIONALES

pronto para partir, defendiendo las instituciones. Al lado de Brum estaba un tío de Mendilaharsu, Eduardo Acevedo Álvarez, quien fuera abogado y director del diario *EIDía*. Era marzo de 1933, momento en que se iniciaba la "dictablanda" de Terra, como se dijo después, en comparación con la segunda dictadura que debimos soportar los de nuestra generación.

En su pasaje por ese liceo dejó huellas de "revoltoso", a pesar de sus buenas notas. Por consejo de un amigo, Mario Berta, que luego llegaría a ser profesor de Psicología en la Facultad de Psicología y Psiquiatría, se cambió al Liceo Francés, donde aprendió el idioma que le fuera tan útil para estudiar en Francia, años después, junto a Ajuriaguerra. La generación de Carlos logró que se habilitara, en el propio Liceo Francés, un preparatorio de Medicina, inaugurando en ese año el curso con seis alumnos, algunos de los cuales llegué yo a conocer en la Facultad años más tarde, como el propio Mario Berta y Helmut Kasdorf, quien fue profesor de Radiología y amigo íntimo de Mendilaharsu.

Otro capítulo importantísimo en la vida de Carlos fue su ingreso a la Facultad de Medicina y su primer año de Anatomía. Fue muy significativo para él, porque allí conoció mejor a una chica delicada, inteligente y agraciada, de nombre Sélíka Acevedo. De ella se enamoró perdidamente y luego de tres años de noviazgo se casó en 1943, logrando mantener una vida serena y de gran compañerismo durante más de 50 años. Fue un vínculo casi perfecto (digo esto, porque nada es perfecto en la vida). Tuvieron dos hijas cultas e inteligentes y cinco nietos muy queridos.

Deseo dedicar algunas líneas más a esta pareja, por los resultados científicos, docentes y de producción de trabajos a los que llegaron juntos, ya que ambos publicaron, además de tres tomos de estudios neuropsicológicos, más de 110 trabajos, publicados o presentados en congresos, jornadas y sociedades científicas nacionales e internacionales.

Es verdaderamente llamativo este vínculo entre Carlos y Sélíka; sobre todo la identificación intelectual alcanzada, así como el común recorrido en sus proyectos de vida.

Melanie Klein, analista inglesa, describió un mecanismo psicológico que llamó "identificación proyectiva", a través del cual uno se ubica en el otro, y se identifica con el otro, útil para la comprensión de ciertas patologías; pero que también es válido, como en este caso, dando lugar a un gran entendimiento, como si cada uno correspondiera a un funcionamiento engranado con el otro. Por eso, yo diría que hablar de Carlos es lo mismo que hablar de Sélíka, y cuando hoy recordamos a Carlos, también estamos recordando a Sélíka, aquí presente. Creo que esto último le agradaría enormemente a



Aspecto del Salón de Actos del SMU el 15 de agosto pasado

nuestro homenajeado, si estuviera entre nosotros, pues ambos marcaron un derrotero muy significativo en las ciencias neuropsiquiátricas de nuestro país, con un reconocimiento internacional indiscutido.

El trabajo de articulación que los Mendilaharsu han hecho para entrelazar la neurología, neuropsicología, psiquiatría y psicoanálisis, en busca de una explicación metapsicológica de las psicosis, es el mayor esfuerzo hecho en nuestro medio y su contribución en este sentido es invaluable.

Siguiendo a Freud y a Shakespeare, quienes decían que la locura tiene un método, es decir tiene un sentido, nuestros homenajeados se introducen en el tema tratando de revelar sus secretos y trabajan durante años en la práctica y reflexión psicoanalítica de la psicosis. Para esto deben recorrer un camino muy largo. Es evidente que tenían un deseo común: el de conocer al hombre. De ahí su pasaje por todas las ciencias que estuvieran vinculadas a él. Supongo que por eso estudiaron Medicina y se hicieron médicos, pero esto no alcanzó. Eran muy exigentes y con un grado de perfeccionismo tal, que los llevó a recorrer la carrera docente de neurología hasta alcanzar el Grado 4, en 1956.

Por consejo del profesor Arana fueron a Francia a estudiar con el ya citado neuropsiquiatra español Ajuriaguerra y con Hécaen, con quien había aquél publicado un libro llamado "La corteza cerebral", definiendo una disciplina llamada Neuropsicología, que intenta relacionar las estructuras anatómo-fisiológicas del sistema nervioso con las actividades mentales superiores. Es decir, la relación cerebro-mente. Surge

así todo un capítulo nuevo, avasallante y prometedo, que apasionó profundamente a este matrimonio.

Vuelven a Montevideo entusiasmados y con el deseo de transmitir lo aprendido a sus colegas neurólogos del Instituto de Neurología. A esta tarea se dedicaron con amor y fervor, creando el Laboratorio de afecciones corticales donde estudiaron los pacientes afásicos con trastornos del lenguaje debidos a lesiones hemisféricas. Trabajando permanentemente en Montevideo retornarán, sin embargo, varias veces a Francia para continuar estudiando.

En 1949 se produce un cambio de domicilio (con todo lo que esto implica desde el punto de vista psicológico), mudándose a la Quinta de Avenida de las Instrucciones, próxima a Millán. Es una residencia señorial, ecléctico-historicista, rodeada de hermosas araucarias y casuarinas. Creo que Carlos logró cumplir un anhelo interno: vivir en el campo, pero en plena ciudad. Amaba mucho el campo y cuando podía se retiraba a su estancia a disfrutar del aire puro de nuestra campaña.

En esa espléndida finca fue donde produjeron la mayor parte de sus trabajos publicados. Allí vivieron más de 30 años. Hoy la Quinta de los Mendilaharsu es un museo que además de guardar huesos y piedras extrañas estudia la actividad creativa y disciplinar del hombre.

En 1966, la Federación Mundial de Neurología nombra a Carlos miembro fundador del grupo de trabajo en afasiología. Increíblemente, años más tarde, debe renunciar al mismo porque el gobierno militar le impide salir del país, al no otorgarle el pasaporte, amén de ser detenido e

interrogado.

En el Instituto enseñó los objetivos de la Neuropsicología, describiendo las interacciones y los disfuncionamientos entre cognición, emoción y comportamiento en el campo neurológico y, más recientemente, en el campo psiquiátrico. Para eso inició, junto a Sélka, un prolongado pasaje de postgrado en el Hospital Vilardebó, donde logré reencontrarme con ellos. Les interesaban los psicóticos institucionalizados (esquizofrénicos) así como los trastornos ansiosos y depresivos, completando los avances de la Neuropsicología en lo que respecta a la memoria, la atención, el lenguaje y cómo repercuten estos disfuncionamientos sobre los comportamientos en la vida cotidiana.

Carlos verá en la Neuropsicología la bisagra entre las neurociencias y ciencias del comportamiento y las relaciones interhumanas. Pero no le interesaba ser psiquiatra. Por eso, a pesar de que siguió los cursos de postgrado de Psiquiatría, no le interesó nunca hacer las pruebas correspondientes. Para él, la Psiquiatría logra una aproximación descriptiva y fenomenológica de los síntomas, los agrupa, establece síndromes y permite orientarse y definir el cuadro clínico del paciente para llegar al diagnóstico y luego emplear el tratamiento adecuado.

Mientras tanto, inician con Sélka un acercamiento al psicoanálisis aconsejados por Ajuriaguerra. Ambos entendían que esta disciplina aspira a comprender al paciente desde otro ángulo, ya que significa investigar más allá de lo consciente. Es evidente que el psicótico vive muchas veces otra realidad distinta a la nuestra, y, por lo tanto, se le hace difícil convivir con nosotros porque está en otro espacio, como puede ser el delirio, la angustia psicótica, las alucinaciones. Con el psicoanálisis, se trata de ver si estos pacientes pueden establecer algún puente de unión entre su modo de existir con otras realidades y nuestra realidad humana, de tal manera que les sea más fácil convivir.

Para esto, los Mendilaharsu deben iniciar un nuevo proyecto. Estudian la teoría de Freud, en seminarios y psicoanálisis personal, a efectos de obtener la condición de psicoanalistas asociados primero, luego titular, y, finalmente, docentes de APU y AUDEP, así como presidente de APU en varias ocasiones.

Para terminar, deseo bosquejar un perfil psicopsicológico de Carlos. Por lo dicho anteriormente, uno tiene la impresión de que la pareja ha vivido para el estudio y para la ciencia, quedándole poco tiempo para otros aspectos de la vida. ¡Todo lo contrario!

Carlos vivía intensamente la vida. Le interesaba tanto lo social como lo político y lo cotidiano. Tenía infinidad de amigos, y, por cierto, pertenecientes a todas las clases sociales. Todos lo querían pues hacía un verdadero culto de la

amistad fomentándola permanentemente.

¿Qué es la amistad? Ser amigo es crear –lazo (enlace). Lazo es lo que une. Una dependencia entre nosotros donde cada uno se torna único para el otro.

Ser amigos es tener algo en común, a diferencia de ser extraños. Por medio de la convivencia uno se domestica, se acerca al otro y de esa manera el otro se vuelve necesario. No es sólo hablando como se hacen amigos; es conviviendo de lejos y cada vez más cerca.

Para Carlos tener un amigo era tener una responsabilidad. Él diría: te aprecio y por lo tanto tu vida cuenta para mí; soy responsable de este vínculo.

Ya me he referido a alguno de esos vínculos como el que tuvo con Kasdorf y su mujer Olga Barcia. Otra relación duradera fue el vínculo con Kempis Vidal (Grado 5 de Farmacología), desde que disecaban juntos, porque ambos se caracterizaban por un humor agudo, fino, y una gran chispa espontánea para encontrar similitudes y diferencias en los personajes; sin embargo, nunca llegaban a lo grotesco y burdo. Alcanzan estos dos ejemplos, aunque habría muchos más, para demostrar el culto a la amistad que profesaba Carlos.

Asociado a las letras, recuerdo que Mendilaharsu llegó a ser el médico de Felisberto Hernández cuando este fue pianista, manteniendo luego una interesante amistad con él.

Otro rasgo típico fue su gusto por ciertos deportes, como la pasión que profesó por el turf. Asistía religiosamente los domingos a Maroñas, donde se juntaba con otros amigos, también fanáticos de la pista y de los pingos.

Carlos, que tenía una memoria prodigiosa, gustaba hacer alarde de ella al recordar las carreras ganadas por los caballos favoritos, así como los jockeys y el pedigrí de los mismos.

En general gustaba de todos los juegos, pero en particular no olvido que era un excelente mentiroso cuando jugaba al póquer con sus amigos. Hasta en eso buscaba la perfección. Tal vez formaba parte de sus rasgos obsesivos, pero esto lo ayudó a ser un docente nato logrando esa rara cualidad de hacer fácil lo difícil. Era siempre un expositor claro, a pesar de moverse con temas áridos que sabía adaptar al auditorio. Se pasó parte de su vida estudiando a Bion y Lacan.

En suma: los Mendilaharsu formaron escuela, son reconocidos y están en el recuerdo de sus discípulos por sus enseñanzas y el don de gente que irradiaron.

Carlos fue un buen padre, excelente abuelo, y vivió su vida como un interesado en las cosas agradables que la vida puede dar.

Queda la incertidumbre de saber si la angustia existencial que todo hombre lleva dentro de su ser pudo ser aliviada o amortiguada por esas conquistas que obtuvo en el paso por la vida.

Un filósofo argentino, Jaime Barylko, dijo:

ELEGIMOS LO QUE PODEMOS
PODEMOS LO QUE SABEMOS
SABEMOS LO QUE QUEREMOS
QUEREMOS LO QUE PODEMOS.

En esta simple síntesis y cavilando sobre ello, lo que hice fue apenas pensar lo que significa detener los acontecimientos y pesarlos en el platillo de la balanza. La vida de Carlos fue, sin embargo, algo más. Fue la suma de lo que hizo, de lo que no pudo hacer y lo mucho que pudo quedar dentro de él.

También es cierto que cuando mueren los parientes más viejos y nuestros maestros, también mueren los testigos de nuestro nacimiento. Por eso necesitamos recordar a Carlos para estar menos en soledad.

Prof. Dr. Jorge Lorenzo Otero

La desaparición física de Carlos Mendilaharsu me produce sentimientos contradictorios. Por una parte el dolor de su ausencia, por otra, la experiencia gozosa de su memoria.

La vida de Mendilaharsu fue tan variada y rica en intereses y logros, su personalidad tan plena, su capacidad de disfrutar tan intensa, el reconocimiento que obtuvo mientras vivió por parte de sus pares, amigos y discípulos tan unánime, que frente a su ausencia siento que su largo y pleno acontecer no amerita congoja o duelo sino admiración y alegría.

Este es para mí, pues, un gozoso homenaje para quien fuere desde hace ya muchos años un personaje único en mi vida.

Conoció a Mendilaharsu cuando yo era adolescente.

Su familia y la nuestra veraneaban en un paraíso –hoy perdido– en el que se conjugaban un infinito de mar y arena con nuestra juventud. Y digo nuestra porque esta es una historia compartida con mis hermanos, con Julia y Equita, y posteriormente con Rodrigo y Eduardo.

Portezuelo –así lo llamábamos entonces– era un lugar solitario.

Mis hermanos y yo pronto fuimos amigos de Julia primero y de Equita después.

Yo sabía que Mendilaharsu era un personaje importante de la medicina. Un Profesor.

Recuerdo un posible primer encuentro durante el cual me explicó detalladamente sus preocupaciones con respecto a una reforma del plan de estudios de la Facultad de Medicina –a mí– que en ese momento era alumno de secundaria. No siendo un memorioso, no puedo sin embargo olvidar el impacto que me produjo esa conversación planteada como entre pares. Me pregunté qué motivaba a Mendilaharsu a



El Prof. Dr. Lorenzo Otero evocando al ilustre investigador

perder el tiempo conmigo. Lo ubiqué transitoriamente en la categoría de tipo raro.

Poco después, irrumpiendo como tromba y con la impulsividad propia de los 16 años en el living de la familia, veo al Profesor parado contra un estante y con un jarrón contra la oreja. Sentí que invadía un momento de intimidad, testigo involuntario de vaya uno a saber qué ritual. Mendilaharsu, impertérrito, me miraba, siempre con el jarrón apoyado en la oreja, a modo de caracol. Pasados unos segundos me dice: “Es cierto, se oye el mar”, y siguió tan campante escuchando su mar. Hice mutis convencido de que la clasificación de tipo raro era, en todo caso, incompleta.

El verano, las vacaciones, daban lugar a varios juegos colectivos. Éramos fanáticos del fútbol en la playa, comenzábamos a jugar a cualquier hora y terminábamos cuando no podíamos más de hambre o cuando ya no veíamos la pelota.

Varias veces jugamos con Eduardo y Rodrigo, Pedrito, y, faltaba más, con Mendilaharsu.

Debo reconocer que no era una de las actividades en que más se destacaba. No obstante, su figura con una gorrita blanca jugando bien abierto por el lado del agua y su entusiasmo juvenil le valieron el apodo de “Pelé blanco”, del cual me sentía muy orgulloso. Raro Mendilaharsu. Nunca jugué tutte cabrero entre 12 personas salvo en la casa de Mendilaharsu en interminables –e imposibles– partidas en las cuales ustedes seguramente sospechan quién era el máximo animador. Sí, Mendilaharsu. En esa época ya le había agregado una segunda categoría: raro,

pero muy divertido.

Años después, un joven becario argentino hizo su pasantía por el Servicio de Neurofisiología Clínica del Instituto de Neurología, trabajando con mi hermano Daniel. Cuando llegó al fin de su estadía pasó a saludar a los profesores, entre ellos Mendilaharsu –que si bien no tenía cargo, seguía concurriendo regularmente al Laboratorio.

El joven becario anunció al Profesor su partida, le agradeció su ayuda, en fin, lo habitual en estos casos. Mendilaharsu le pregunta qué hizo en este tiempo y el becario le cuenta que estuvo trabajando en electroencefalografía.

–¿Con quién?, pregunta Mendilaharsu.

–No creo que lo conozca Profesor –contesta el becario– es un muchacho joven, se llama Daniel Lorenzo.

–¡Daniel! –exclama Mendilaharsu–, pero si yo jugaba al fútbol con él.

–No, Profesor, usted debe confundirse con el padre –dice el becario.

–No, no, andá y preguntale.

Daniel, muerto de risa por la pillería de Carlos, tuvo que confirmarle que era cierto, jugaban juntos al fútbol...

Mendilaharsu disfrutaba enormemente con estas situaciones, sorprendiendo al interlocutor de un modo inocente y benévolo.

Estas pequeñas anécdotas de mi infancia luego tuvieron su justificación.

Por supuesto que no lo cambié de categoría, siguió siendo raro y divertido.

Creo que comprendí en qué consistía la rareza. Sin duda que entre todos podríamos definirla mejor.

Mendilaharsu era dueño de una curiosidad insaciable, una desusada ausencia de tabúes

científicos con respecto a la realidad y a las ciencias. Su aproximación al conocimiento incluía un fuerte matiz lúdico; encontré varias veces más al Profesor con el jarrón contra la oreja.

Tenía un discurso que aparentaba un rumbo incierto, muy a menudo expresaba en voz alta su pensamiento en estado puro, sin elaboración discursiva alguna. En realidad era la expresión de su proceso creativo, al final siempre los cabos se ataban y las conclusiones surgían originales y claras.

Ejercitaba en ocasiones una especie de monólogo interior joyceano, pasando de Ajuriaguerra a Bion con total fluidez. No era dueño de una particular facilidad de expresión aunque frente a frente su conversación resultaba apasionante por la riqueza de su pensamiento, su capacidad de anticipación frente a un problema y una atravesada sintaxis que le daba a su palabra una calidad única. Nadie hablaba como Mendilaharsu. Agregaba guiños que sabían sorprenderían al interlocutor. “En París conocí a un tipo muy interesante, trabajaba de tarde en mi mismo laboratorio en la Salpetriere. Era medio raro, pero sabía mucho. Usaba siempre un paraguas, lloviera o no, se llamaba Morlaas, aprendí mucho con él”. Desconcierto. ¿Mendilaharsu no sabe que Morlaas es famoso? ¿Por qué no dice en París conocí a Morlaas?

Su pensamiento dio origen a la Neuropsicología latina e impulsó el desarrollo mundial de esta novel disciplina.

Sergio Dansilio, neurólogo y neuropsicólogo, escribió su tesis de maestría en Filosofía de las Ciencias: “Surgimiento de la Neuropsicología Uruguaya”. Un resumen se publicó recientemente en la revista Archivos del Instituto de



De izq. a der.: los Dres. Bernardi, Ferrari, Díaz Pose, Rey, Carlevaro y Lorenzo Otero



La Prof. Dra. Sélka Acevedo de Mendilaharsu durante el acto de homenaje

Neurología. El material de la tesis surge, en buena parte, de varias horas de entrevista con Mendilaharsu, algunas de las cuales yo presencié. Resumiré de este trabajo algunos datos a mi juicio relevantes.

El camino que llevó a Carlos Mendilaharsu, así como a la mayoría de los neurólogos y psiquiatras de la época a lo que hoy conocemos como Neuropsicología, fue el de los trastornos del lenguaje, concretamente las afasias.

Durante 1952, Uruguay vive un período socioeconómico especial. Posguerra en Europa, aumento de la cotización del peso, y mejora de las condiciones de intercambio de la producción nacional.

Cuenta Carlos Mendilaharsu que aprovechando la bonanza económica de principios de los 50, con un sueldo de Grado II de la Facultad de Medicina puede vivir decentemente en Francia, vinculándose con uno de los centros más duros de la Neuropsicología mundial. Mediante una carta de Mussio Fournier, profesor invitado de la Salpêtrière, Mendilaharsu se asegura un lugar privilegiado de estudio teniendo como objetivo aprender “neurología y afasias”. Está bajo la égida de Alajouanine, a quien describe como un médico sumamente intuitivo, comparándolo en su agudeza clínica con García Otero. Tuvo también la oportunidad de aprender con Henrie Hécaen, otro referente de la Neuropsicología mundial durante décadas, quien hacía la policlínica matutina en el Hospital Sainte Anne. Con Hécaen mantuvo una larga amistad y colaboración.

Es Isidro Más de Ayala quien le comunica que “se está perdiendo” a Julián de Ajuriaguerra. Este vasco inteligente, médico talentoso, ense-

ñaba en el Hospital Sainte Anne. La relación de Carlos con De Ajuriaguerra es un hito hoy clásico. De Ajuriaguerra visitó el Uruguay en tres oportunidades, 1952, 1954, y 1969. Sus preocupaciones influyeron profundamente en la Neuropsicología uruguaya.

Psicoanalista, viró de su interés inicial por las demencias (tema que nunca dejaría completamente) hacia la Psiquiatría infantil editando un enorme tratado que hasta hoy es obra de consulta, introdujo la obra de Jean Piaget en la Neuropsicología de niños y de adultos. Psicoanálisis y Piaget son modelos que marcan íntimamente la escuela uruguaya de la época.

Desde un punto de vista estrictamente teórico, Carlos Mendilaharsu mantuvo una permanente y sabia postura distinguiendo siempre el quehacer neuropsicológico del psicoanalítico.

No obstante, como recurso terapéutico genérico y como referencia del saber, la presencia del psicoanálisis era permanente. Mendilaharsu vuelve a Montevideo luego de nueve meses de permanencia en Francia, según manifiesta “escapando del frío”.

El 10 de mayo de 1958, el Instituto de Neurología se traslada al Hospital de Clínicas. El 1º de agosto del mismo año se funda lo que el Prof. José Gomensoro denominara Laboratorio de Afecciones Cerebro-Corticales.

Carlos Mendilaharsu ingresa como jefe de Laboratorio mediante una tesis que se llamó “Apraxia por lesión del hemisferio derecho”, y establece como requisito mínimo para constituir un laboratorio adecuado tres cargos “no médicos”: una psicóloga, una fonoaudióloga y una secretaria. Los cargos son aceptados y financiados con fondos de la donación Saralegui.

Ingresa la fonoaudióloga N. Queirolo y la psicóloga A. Fernández.

De esta manera se institucionaliza una escuela de Neuropsicología que, como ha escrito Alfredo Ardila en su artículo Neuropsicología en Latinoamérica (Clinical Neuropsychologist, 1990), fue pionera en toda América Latina.

Desde su inicio la escuela uruguaya lleva la impronta del modelo estructural y la arquitectura del saber médico. Se distingue de la Neuropsicología norteamericana, donde refiere fundamentalmente a la Psicología desde el punto de vista institucional.

Si bien marca el espacio, el paradigma médico es claramente insuficiente para dar cuenta de las necesidades del paciente y de las múltiples complejidades de las llamadas “funciones corticales superiores”, así cobra vigor el matiz interdisciplinario.

El equipo interdisciplinario es el instrumento que adopta el Laboratorio, pero siempre centrado por el pensamiento “médico” de Carlos y de Sélka.

En 1955 se funda una de las primeras revistas latinoamericanas dedicada a la Neurología, el Acta Neurológica Latinoamericana (ANLA) que recibe la mayor parte de la producción científica de Mendilaharsu de la década del 60.

En la década de los 80 sus redactores jefe son Carlos Mendilaharsu y Delia Botinelli.

En su Nº 3 aparece el primer artículo publicado por la naciente escuela neuropsicológica uruguaya: “Disturbios visoespaciales y práxicos por lesión de hemisferio derecho”, cuyos autores son Sélka y Carlos Mendilaharsu, aunque todavía como publicación del Instituto de Neurología. La primera publicación del Laboratorio de Afecciones Cerebro-Corticales data de 1960: “La afasia amnésica”, de Carlos y Sélka Mendilaharsu. El interés en el lenguaje persiste e incluye desde las primeras épocas preocupaciones específicamente lingüísticas. Citaremos como último autor analizado con detalle a Noam Chomsky y su Gramática generativa, aunque antes Mendilaharsu y su grupo habían estudiado a De Saussure y Jakobson, entre otros.

A fines de los 60, la preocupación teórica se dirige al estudio de la génesis en el niño de las conductas motoras complejas o praxias, a su desintegración en relación con lesiones cerebrales y a la formalización de su estudio mediante protocolos normatizados. Así se publican numerosos artículos, entre otros:

“Constructional Apraxia. A clinical-physiological Study”. C. Mendilaharsu, S. Mendilaharsu. ANLA, 1971.

“Evolución de la copia de la figura geométrica en niños”. C. Mendilaharsu, Delfino de Cultelli, Sapriza de Correa. ANLA, 1970.

Estos estudios se destacan por la utilización de modelos teóricos de base—una práctica infre-

INSTITUCIONALES

cuenta en esa época, más afín a la empírica— por el rigor metodológico y por la exhaustiva revisión bibliográfica que entrañan.

Podemos decir con propiedad que poco material novedoso se ha publicado desde esos trabajos a nuestros días en este terreno.

Sin embargo, la preocupación por el lenguaje, particularmente en los niños, es una constante en Mendilaharsu.

Desde 1966 integra la Word Federation of Aphasiology como miembro fundador representando a América Latina y concurre a sus reuniones anuales hasta 1978. Integra el Comité Científico de la revista Neuropsychology hasta principios de los 80.

La dictadura, la intervención de la Universidad y la decisión de separar la Neuropsicología de niños de la de adultos lo llevan a retirarse definitivamente del ámbito académico. Funda con sus alumnos en 1980 un centro privado sin fines de lucro: el Centro Neuropsicológico, en el cual continúa las tareas de investigación y estudio así como la presentación de casos clínicos. La actividad del CNP fue intensa y enormemente abarcativa, transformándose en uno más de los tantos focos de resistencia cultural y social que los uruguayos supimos encender contra la dictadura.

Los trabajos completos de Mendilaharsu y su equipo son publicados en tres tomos en Estudios Neuropsicológicos. Es en esta serie que se encuentran las investigaciones sobre demencias y enfermedad de Alzheimer.

Dedicado durante los últimos años al psicoanálisis, nunca se alejó completamente de las preocupaciones neuropsicológicas.

El impacto de su pensamiento puede objetivarse en múltiples reconocimientos.

Socio de Honor de la Sociedad Latinoamericana de Neuropsicología, titulado como Maestro de la Neuropsicología Latinoamericana, entre otros. Su muerte fue lamentada por todos los representantes de la Neuropsicología latina. Resumiremos un comentario de Ives Joannette, director del Instituto Universitario de Geriatria de Montreal:

“Conocemos su obra y sabemos de su contribución tanto a la Neuropsicología como a la sociedad en general”.

Desde un punto de vista filosófico, Mendilaharsu se definía como un “evolucionista” esencialmente kantiano, preservaba un núcleo de saber de difícil, si no de imposible acceso a la investigación. No obstante, su vida científica está dedicada a develar lo imposible, neuropsicología, psicoanálisis, parapsicología, filosofías orientales, nada estaba excluido de su interés apasionado.

Habiendo sido discípulo suyo, querría tener alguna partícula de su peculiar “rareza” iluminándome siempre.

Prof. Dr. Ricardo Bernardi

Agradezco al Sindicato Médico del Uruguay y en especial a los organizadores de este homenaje el haberme dado la oportunidad de recordar junto con todos ustedes al Profesor Carlos Mendilaharsu. Es fácil evocar gratos recuerdos de la relación con él, pero no es posible hacerlo sin que nos invada una honda tristeza por su ausencia.

Se me ha pedido que hable como colega suyo en el campo del psicoanálisis. En realidad siento a Carlos Mendilaharsu como un maestro, un colega y un amigo en múltiples aspectos. Fue una figura intelectual y humana cuyo aporte no se deja enmarcar fácilmente.

Lo conocí en la década del 60, cuando, siendo yo aún estudiante, me acerqué al Laboratorio de Afecciones Córtico-Cerebrales del Instituto de Neurología de la Facultad. No soy quien mejor puede hablar de su contribución en este campo, pero permítanme simplemente relatarles lo que representó el Laboratorio de Lenguaje para los ojos de un estudiante de medicina que, como ocurría en mi caso, estaba también interesado por la psicología, la filosofía y el psicoanálisis. Así como en aquel momento las investigaciones que se llevaban a cabo en el ahora Centro Latinoamericano de Perinatología (CLAP) del Prof. Caldeyro-Barcia representaban un ejemplo de articulación de la investigación clínica con la investigación básica, el Laboratorio de Lenguaje significaba la posibilidad de unir el examen riguroso de las afecciones cerebrales con el estudio de las funciones superiores de la mente humana. Con el Prof. Ruggia, con quien entonces trabajaba y aprendía en el

CLAP, y con otros interesados, concurríamos a las reuniones que Carlos Mendilaharsu realizaba semanalmente, las cuales nos permitían tomar contacto con la obra de los principales autores de las ciencias cognitivas del momento, que empezaban recién a ser conocidas en nuestro medio: Jean Piaget, Noam Chomsky, etcétera, y también con figuras latinoamericanas, como la de Emilia Ferreiro, a las que Mendilaharsu sabía descubrir y con las que iniciaba un intercambio. Y en las reuniones, junto a sus comentarios cuidadosos a la hora de revisar la obra de distintos autores, recuerdo también la forma en la que agregaba sus comentarios. Muchos de ellos eran comunicados en forma muy especial, como si más que nada señalaran en una dirección donde había algo para descubrir, eran como pensamientos en estado naciente, que sugerían más de lo que decían, y que tenían la virtud de circular entre todos y dejarnos también a todos en un estado de reflexión muy especial que intentaré describir más adelante. Recuerdo también de ese entonces la presencia más silenciosa pero de no menor gravitación de su esposa, Sélíka Acevedo de Mendilaharsu, y su precisión clínica, su profundidad conceptual y su disponibilidad permanente, que la llevaba de responder tanto a una duda sobre un problema muy especializado, como a atender la ventanilla de los pacientes cuando no había nadie para hacerlo. Si tuviera que resumir en una frase la impresión de ese primer contacto, fue que los Mendilaharsu abrían horizontes de pensamiento. Porque una cosa es enseñar lo que se sabe, y otra más difícil es ayudar a pensar.

Hablando recientemente con Sélíka Acevedo, se me hicieron presente ciertas caracte-



El Prof. Dr. Ricardo Bernardi en el acto de homenaje



El presidente del SMU, Dr. Barrett Díaz Pose, hace entrega a la Dra. Sélíka Acevedo de una placa recordatoria del homenaje

terísticas de la vida de Carlos: su padre poeta, muerto cuando él era aún muy niño, y las tertulias literarias y filosóficas a las que concurrían las figuras más significativas del ambiente de la época. Esa fue una de las pocas actividades sociales que su madre, afectada por la pérdida, aceptó continuar cuando enviudó, seguramente porque de alguna forma continuaban haciendo presente a su esposo desaparecido. Es posible que este espíritu de curiosidad intelectual siempre abierta y este interés por integrar las corrientes de ideas más variadas y renovadoras de la época haya continuado vivo en Carlos y era parte de lo que nos deslumbraba cuando nos acercábamos a sus grupos de estudio.

Mi segundo momento de vinculación estrecha con Carlos Mendilaharsu fue en el campo del psicoanálisis. Carlos y Sélíka Mendilaharsu realizaron una estadía en París durante 1952 y 1953, donde entraron en contacto con la figura descolante de Julián de Ajuriaguerra, con quien establecieron luego una relación de amistad. Ajuriaguerra estaba muy vinculado al psicoanálisis francés, y, según se cuenta, le sugirió a Carlos que se psicoanalizara, porque el psicoanálisis podía ayudarlo a manejar mejor la ansiedad, y seguramente a muchas cosas más. Y Carlos siguió el consejo. En esos años se estaba desarrollando en Uruguay la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, de modo que a su vuelta pudo realizar su formación analítica en Montevideo, la cual completó en 1964, teniendo luego una actuación muy destacada, que resumiré en dos aspectos, uno de ellos institucional y otro científico.

Carlos fue cuatro veces presidente de la Asociación Psicoanalítica, tres de ellas durante los años 70-72, 74-76, y 78-80, los difíciles momentos que precedieron y acompañaron la dictadura militar. Sobre Carlos Mendilaharsu recayó la difícil tarea de representar muchas veces a la Asociación frente a las autoridades militares. Esto no es lo mismo contado ahora que vivido en aquel momento. Reconstruyan por un momento lo que significa la llegada en la noche de una citación para presentarse a primera hora de la mañana en una dependencia militar, sin más explicaciones. Tampoco es grato recordar el clima de los interrogatorios: “¿Qué es el psicoanálisis? ¿Es cierto que instiga a los pacientes a la subversión? ¿Los incita a la libertad sexual? ¿Qué cosas publican?”. Es preciso recordar que la mayoría de los autores de la Revista de Psicoanálisis eran considerados inaceptables por la dictadura. En esos momentos sobaban los dedos de una mano para contar los psicoanalistas que podían ocupar cargos institucionales de acuerdo a las categorías establecidas para los civiles en aquel momento. Carlos también perdió esa condición a medida que los tiempos se endurecieron y él se mantuvo firme en sus convicciones democráticas. Creo que la Asociación Psicoanalítica del Uruguay tiene una deuda muy grande con él y con otros colegas que llevaron sobre sus espaldas el peso de la institución en aquellos tiempos. Carlos Mendilaharsu fue Miembro de Honor de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay desde 1986 y también Miembro de Honor de la Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica (AUDEPP) desde 1987, y fue miembro de la Asociación Psicoanalítica Internacional.

Desde el punto de vista científico, sus contribuciones se centraron en el estudio psicoanalítico del pensamiento psicótico, siendo fundador y coordinador del Laboratorio de Psicosis desde 1986. Este grupo, animado por la constancia y la profundidad que caracterizaban a Carlos, desarrolló su trabajo estudiando, entre otras cosas, los procesos mentales que permiten elaborar e integrar las experiencias emocionales, tema sobre el cual volveré en relación a Carlos.

El tercer momento que quiero recordar aquí ocurre con la recuperación de la democracia. Carlos Mendilaharsu estuvo presente de muchas maneras significativas en el vasto movimiento político y social que llevó a recobrar los valores democráticos. Pero, entre las muchas oportunidades que se le abrieron en ese momento, para él jugó un papel central el colaborar con la Facultad de Medicina, de la que había sido consejero en varias oportunidades. Probablemente el poder volver a hacer algo por la Facultad fue también una compensación por lo que sufrió cuando tuvo que alejarse de ella durante la dictadura.

Mis recuerdos más fuertes de esos tiempos tienen que ver con un período luminoso, en el que la Comisión de Salud Mental de la Facultad, presidida por él entre 1985 y 1989, trabajó en la reestructuración del área, en un espíritu de coordinación e integración de los distintos servicios. La sabia conducción de Carlos Mendilaharsu, acompañada por el empuje y la claridad de ideas del decano Pablo Carlevaro y contando con el asesoramiento experto de la Dra. Fassler de Couriel, permitió que un grupo de trabajo, que encabezábamos los profesores de los servicios del área, y en la que se daba una amplia participación de distintos sectores de la Facultad, movilizara esfuerzos para llevar adelante, en forma conjunta desde la Universidad y desde el Ministerio de Salud Pública, un esfuerzo entusiasta para renovar la atención en salud mental, que desembocó en un Programa Nacional de Salud Mental formulado desde el Ministerio, coincidente en espíritu con el plan de reestructura del área dentro de la Facultad.

Tal vez quisimos ir entonces más lejos de lo que era y tal vez aún sigue siendo posible. Pero eso no fue sólo por el entusiasmo del momento. También la presencia de Carlos hizo posibles cosas que de otra forma no se veían alcanzables. Yo siento que le debo mucho por lo vivido durante ese período, así como tengo una deuda de gratitud con Sélíka por otros motivos.

Sus enseñanzas fueron, pues, múltiples, lo mismo que sus actividades. Pero tal vez una de las lecciones mayores de sabiduría está en su persona y en su vida.

Siempre me despertó admiración su apertura interior a los diferentes aspectos y dimensiones de la vida. Supo unir ambientes sociales distin-

INSTITUCIONALES

tos, disciplinas distintas, cualidades personales distintas, integrándolas con naturalidad.

Su presencia imponía un indudable señorío, que se acompañaba de una humildad real y de una actitud de camaradería. Su perspicacia y sagacidad se unían a una natural bonhomía. Sabía cómo llevar adelante sus ideas en un grupo y lograr que fueran compartidas por todos sin que tuviera necesidad de recurrir a la presión. Podía mantener la amabilidad más auténtica y el tacto más sutil sin dejar de hacer sentir su autoridad. No es fácil lograr este equilibrio. Creo que una de las razones por las que lograba esto era que Carlos tenía una voluntad muy grande para dar lo mejor de sí y a la vez una facultad muy grande para descubrir lo mejor que los demás podían dar. Era muy sensible a la lealtad y a la nobleza de proceder y sufría cuando no se sentía correspondido. Durante los años de la dictadura me confesó que lamentaba que muchas veces en él la indignación y el enojo dejaban paso demasiado rápido a la tristeza y a la decepción. Pero así como sufría con las pérdidas recuperaba su buen humor habitual cuando encontraba nuevas posibilidades de reconstruir lo perdido.

Podía tener amigos en todos los ambientes. Y cuando digo todos, creo que realmente son todos, excepto aquellos donde predominaba el odio o la estupidez. Cuando lo conocí me impresionó un episodio que no pude olvidar jamás. Todos los lunes llegaba a su policlínica un hombre muy humilde, con serios trastornos de lenguaje y de visión, a quien Carlos recibía con cordialidad, y luego, una vez sentados, se los veía reír y sufrir juntos a partir de los datos que Carlos le iba escribiendo en el muslo, que era una forma de comunicación que se había desarrollado entre Carlos y él. Yo no lograba entender bien de qué se trataba. Pero no era el diagnóstico clínico lo que me intrigaba, sino sobre qué se comunicaban. Y entonces me contó que este antiguo paciente venía a enterarse de los resultados de las carreras, que Carlos, con su memoria prodigiosa, le relataba con detalle y con placer por medio de la única forma de comunicación posible. Carlos podía disfrutar de una partida de cartas con sus amigos, del ambiente del turf, así como con los del ambiente académico o de los múltiples ambientes donde sabía hacerse amigos. Podía comunicarse más allá de las palabras. Su amor por la vida incluía a los animales, recibiendo incluso algunos domingos de mañana, perros con problemas neurológicos de parte de veterinarios amigos que querían conocer su opinión.

¿Cómo hizo para poder participar de tantos mundos diferentes y en todos ellos poner y encontrar afecto y amistad? No tengo una respuesta para esta pregunta, pero déjenme relatarles, porque tal vez nos ayude a comprender algo, hacia adónde iban sus intereses en psicoanálisis.



El ex decano de la Facultad de Medicina, Dr. Pablo V. Carlevaro, dibujando un emotivo perfil de Mendilaharsu

Uno de sus autores favoritos, y a quien estudió con más detención, Wilfred Bion, dedicó su obra a examinar los procesos que permiten que el hombre metabolice sus experiencias emocionales. Las experiencias vividas nos traen elementos de distinto tipo, que muchas veces sentimos dolorosos o amenazantes. Por eso no es fácil convertir emociones en pensamientos, ni aceptar lo que es diferente a mí o me resulta desagradable. Es más fácil cerrarse y expulsar lo que duele o no se entiende. Para convertir todo esto en pensamiento, hace falta tener internamente, así lo describe Bion, experiencias que hayan desarrollado una capacidad de ensoñación o *reverie*, muy unida a la capacidad lúdica del niño, que vaya creando espacios mentales, espacios de pensamiento, donde puedan quedar contenidas las experiencias emocionales. Quienes escucharon alguna vez a Carlos contar anécdotas, saben de su capacidad para recrear los episodios de la vida y transformarlos en situaciones llenas de calor humano, que despertaban la imaginación de quienes los escuchaban, aproximaban lo real y lo sorprendente y ayudaban a pensar.

En sus últimos tiempos, antes de su muerte, él hablaba de su deseo de escribir un libro que se llamara "Memorias de Montevideo". Ese título resume algunos de los aspectos centrales de su vida: su condición de montevideano, conocedor de todos sus rincones y ambientes, también su condición de estudioso de la memoria y de las funciones de la mente, pero también su condición de memorioso capaz de dar color y calor a todo lo que pasaba por su vida.

Prof. Dr. Pablo V. Carlevaro

Lo primero que conocí de Carlos Mendilaharsu fue la honestidad.

Era a mediados de 1950. Yo había sido recién nombrado secretario general de la Asociación de los Estudiantes de Medicina y estaba encargado –por resolución de la Asamblea– de entregar sendos cuestionarios a posibles candidatos a delegados estudiantiles ante el Consejo de la Facultad.

Una noche –pocos días después– apareció por la casa de la calle San José con el cuestionario en blanco, diciéndome sencillamente que transmitiera que agradecía mucho la nominación, pero que para desempeñar esa tarea tenían muchos más méritos que él, por actuación gremial, Morquio, Boutón y García Austt.

La anécdota –muy sencilla– me permitió conocer uno de los rasgos más conspicuos de su conducta y su personalidad. No fue una forma elegante de librarse del compromiso, pues él probó después, ampliamente, que no era de los universitarios que declinan ese tipo de responsabilidades sino que, muy generosamente –otra invariante de su conducta– aportó mucho de su tiempo a los demás.

Mendilaharsu fue varias veces consejero, integrante destacadísimo –por el aporte de ideas y por su trabajo– de las sucesivas Asambleas del Claustro que elaboraron el plan de estudios del 68, miembro de la Comisión Directiva del Hospital de Clínicas y, por fin, miembro de la Comisión de Ética Médica y Conducta Universitaria.

Muy revelador de su espíritu constructivo fue el emprendimiento que impulsó –conjuntamente con Juan Carlos Rey– en el sentido de constituir un espacio de cooperación e intercambio de todas las psicodisciplinas reunidas en el área de la salud mental.

A mi entender, dos motivaciones concurren a la vez. Por un lado, la convicción acerca de la fecundidad de la confluencia disciplinaria para crear y renovar el conocimiento. Por otro, la necesidad de antagonizar las tendencias aislacionistas y los modos feudales de realizar el trabajo académico, tantas veces de espaldas a los objetivos de la institución.

Toda su notable facilidad de unirse a otros y **con otros** emprendimientos colectivos, y esa condición de hijo devoto e incondicional servidor de la Facultad de Medicina, su vocación natural de impulsar del modo más informal, modesto y menos visible el trabajo y el progreso, no impidió –en modo alguno– que la inconfundible impronta de su personalidad pasara desapercibida, más allá de esa actitud personal de fusionar ideas y trabajo en un colectivo mayor.

Pienso que una semblanza de la persona Carlos Mendilaharsu podría titularse: acerca del conflicto entre la ingenuidad traviesa y la sabiduría.

De la sabiduría aquí hemos oído pruebas testimoniales de gran valor.

Su antigua pertenencia al Instituto de Neurología Américo Ricaldoni, en donde tantas y tan destacadas figuras de la medicina nacional construyeron, durante décadas, una entidad de un valor institucional incalculable.

El Instituto generó, en sus miembros, un orgullo legítimo de pertenencia. Para la Facultad, fue un rasgo de distinción que desbordó las fronteras del país. Debí ser director del Instituto. La dictadura lo impidió.

Allí Carlos, junto a su esposa Sélíka Acevedo –tan intensa, propia y testimonial compañera– comenzaron con su modesta “policlínica del lenguaje” y se erigieron, naturalmente, nada menos que en los fundadores de una nueva disciplina científica en Uruguay.

A la par que se generó allí una especialidad clínica, se hizo docencia y se creó conocimiento, se ofreció un bellissimo ejemplo de cómo se asocian las ideas con el trabajo para desarrollar nuevas realidades que vitalizan las instituciones de educación superior.

El área de su especialización dentro de la neurología –tan fuertemente vinculada a la actividad mental superior– una antigua atracción por la psiquiatría y la convicción de que el progreso del conocimiento se construye superando las barreras de los límites disciplinarios, lo llevó –ya maduro– al campo del psicoanálisis.

Seguramente él admitiría de muy buen grado que su relacionamiento en Francia con

Ajuriaguerra –tan apreciado por los neurólogos uruguayos– tuvo también importante influencia en su vinculación al psicoanálisis, en donde cumplió no sólo una reconocidísima actividad docente sino, también, directriz.

En todo cuanto enseñó, ¿cuál fue el secreto de su éxito? ¿Dónde estuvo la clave de su aptitud docente tan particular? ¿Cómo se explica el magnetismo afectivo que Mendilaharsu ejerció sobre los más jóvenes y la identificación espiritual que logró con quienes aspiraban legítimamente a crecer?

Alcanzó la condición de **maestro** –muy por encima de formalidades académicas– mucho más por lo que **fue e hizo**, que por lo que dijo.

Y reflexionando sobre ese arte natural de **ser**, habría que admitir que Carlos Mendilaharsu supo aprender a ejecutar –con admirable solvencia– ese difícil ejercicio práctico de sentirse igual a los demás. Y este sentirse igual tiene connotación ideológica: está en la base de su espíritu profundamente democrático.

Todo lo dicho aquí es fuertemente demostrativo de la enorme sabiduría que en amplios campos de la ciencia acreditó Carlos. No por la formidable acumulación de conocimiento, sino por su manejo con una dinámica operativa tendiente a crear el conocimiento que no existe y, por eso mismo, desafía y compromete un quehacer de búsqueda que, por fin, se reconoce como investigación.

Todos hemos sido beneficiarios del caudal de su formidable cultura que nunca exhibió, sino que se filtraba inevitablemente en la informalidad del diálogo que tanto extrañamos.

Alguna vez Sélíka, que es copartícipe legítima e inseparable de todos sus bienes científicos, gestados en la admirable asociación que conformaron, tendrá el ánimo necesario para contarlos más y mejor de su intimidad, de cómo ella supo asistir, lidiar, tolerar y disfrutar el proceso de la construcción de su formidable cultura.

Sabiduría reconocida, debería justificar, ahora, por qué decía anteriormente que una semblanza de Carlos Mendilaharsu podría versar sobre el conflicto entre la ingenuidad traviesa y la sabiduría.

Carlos tuvo siempre la actitud de no reprimir la exteriorización de sus debilidades. La espontaneidad y el estruendo de su risa eran rasgos inherentes a su persona. La preservación de fantasías propias de un niño, otro más.

Disfrutaba mientras explicaba su parentesco –para él cierto, sin dudas– con Carlos Gardel y se enorgullecía si alguien detectaba una afinidad fisonómica entre su rostro y el del legendario cantor.

Apenas si conoció a su padre –el poeta Julio Raúl Mendilaharsu– pero una vez me contó con mucho orgullo que su padre fue organizador de una manifestación ciudadana de solidaridad con Augusto César Sandino.

Me aventuro a decir que, en el fantástico caso de una transmutación posible, muchas tardes de ya lejanos fines de semana hubiera querido ser –al menos por un rato logrado merced a una magia que debería haber existido para permitírselo– no un genio de la creación artística o científica, sino, simplemente, Atilio García e Irineo Leguisamo, para citar dos personajes de



La Dra. Sélíka Acevedo también fue homenajeada, pues ella fue compañera y referente permanente en la actividad científica de su esposo

INSTITUCIONALES

algunas de sus pasiones confesas tenazmente cultivadas, muy por encima de triunfos o derrotas.

Y hasta creo que recibiría su inmediato asentimiento si dijera que le hubiera gustado acertar a algún juego baladí merced a una bella combinación numérica, mucho más que por la ganancia material por la satisfacción del acierto en sí mismo, para poder celebrar con motivo la inverosimilitud. Su espíritu travieso hubiera festejado –vaya a saber con cuánta fe en lo sobrenatural ignoto– lo que podría considerarse una hazaña estética del azar.

Reflexionando sobre estos rasgos de su personalidad podríamos llegar a decir que esa ingenuidad traviesa está en la raíz de su admirable capacidad de seguir siendo niño –eternamente niño y siempre travieso– a cualquier edad.

Esa cualidad lo empató con la vida y con la gente común, le abrió el alma a la amistad y a la comunicación con todos, lo dejó incrustado e indeleble –para siempre– en la intimidad de sus tantísimos y tan diversos amigos, de sus discípulos, de sus colegas, de sus pares, de sus pacientes y de cuantos tuvieron el privilegio de toparse con él.

Quizás por aquí habría que buscar la explicación del misterio de que haya sido en tantas cosas como todos –tan democráticamente igual a todos– y, sin embargo, al revisar nuestros recuerdos, no encontremos otro tan singular como él.

Cuanto ahora voy a decir tiene un carácter muy personal. Es la confesión, en público, de algo que me ocurrió al irme del cementerio, aquella mañana en que nos separábamos de su cuerpo.

En el tiempo de intercambio y comunicación con Carlos no supe averiguar cuánto le apasionaba la música.

Por eso no sé si conocía el Concierto para piano, en re menor, de Mozart. No supe arreglármelas para preguntárselo. Ahora, por pura inhibición, no me atreví a hacerles oír algunas frases –en lugar de emitir estas palabras– para hacerme entender mejor.

Los especialistas, y aun los legos, tenemos más que sabido que el lenguaje de la música no se puede traducir en palabras, aunque sí resulten perceptibles –o al menos así lo creemos– sus significados.

El referido concierto era el preferido de Beethoven, lo cual no es poco, y más aun si admitimos que Beethoven expresó en su obra musical todo lo dramático de la existencia humana. Sin embargo, él entrevió el acceso a la alegría a través de la superación del dolor.

Aunque dije claramente que nunca hablé con Carlos de aquel concierto, por esa suerte de curiosos y fantásticos mecanismos que tantos de ustedes conocen mejor que yo, sé –sin tener la menor duda– que Carlos se hubiera sentido feliz –ingenuamente feliz– con lo que voy a decir.

En su movimiento inicial, ese concierto de Mozart tiene un comienzo sombrío y trágico. Va

seguido de un segundo movimiento que es una romanza celestial. El tema principal del “allegro” del último movimiento es –mismo sobre el final– audazmente contrastado, mejor sería decir controvertido, por frases musicales que suelen irónicas y removedoras de la tensión de todo lo que las precede. Esos sonidos son emitidos, con irreverencia, por los instrumentos de viento.

En aquel mediodía tristísimo llovía mansa e incesantemente. Era un cielo asociado a nuestro duelo por la partida de alguien tan vital que siempre pareció la antítesis personificada de la muerte.

Al irme del cementerio me sorprendió la irrupción –silenciosa y tenaz– bien adentro mío, del final de aquel concierto.

Las brevísimas frases musicales indulgentes y contrastantes que, emitidas por los vientos, disipaban sentimientos de tragedia y alentaban la consolación, parecían decir:

“Sombras y tristezas terminaron; habida cuenta de ellas, la vida supera el dolor y sigue...”

Sentí que Mozart había prefigurado, en su lenguaje, esta forma –digna del espíritu de Carlos– para despedirse de nosotros.

A quien que lo haya conocido no sorprendería que Carlos –con su fraterna y constructiva generosidad– nos hubiera dicho:

“Que pare la lluvia. Mi peripecia terminó pero la vida sigue, pues hay mucho bueno por hacer aún”.

noticias-gremiales-sindicales-científicas-noticias-gremiales-sindicales-científicas



**Todos los meses en la casa de todos
los médicos**